

# EL ARCO

Año XX Cartagena 2 Agosto 1927

Periódico Católico de propaganda  
CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2

Se reparte gratis

## Lo que le queda al Socialismo

La existencia de los seres está regulada biológicamente por una triple fase: iniciación, sujeción y decadencia.

El Socialismo ha llegado ya a la última que naturalmente es la que precede a su desaparición.

Es inútil que quieran presentarle todavía con vida óptima sus corifeos, ni que auguren para él la futura conquista social.

Lo cierto es que la doctrina socialista, tal como la asentó Marx, va cada día en franca desmoronación precipitándose por la pendiente de sus errores y utopías hacia el abismo de su aniquilamiento.

Y a decadencia a que hoy ha llegado el Socialismo, no es solo en cuanto al desmoronamiento de su contenido doctrinal, sino también a la misma textura del núcleo partidista y al apartamiento de las masas obreras.

La repetida afirmación de vitalidad de los últimos voceros del Socialismo, y sus empeños por sostener enhiesta la enseña del partido, ya no son sino voces perdidas y actitudes vanas que solo sirven para advertimiento de la finalidad de un proceso biológico que fatalmente presagia la desaparición total de un cuerpo moribundo.

Aquellos flamantes conclusiones del llamado Socialismo científico y que según Marx por la evolución naturalmente fatalista de la Historia, había de llevar los resultados económicos a un campo de socialización por el Estado de los medios de producción, se han quedado arrinconadas en las páginas de la literatura socialista, que se puede empolvada en los rincones de las Bibliotecas.

Que lo digan sino, algunos socialistas hoy militantes que doblegándose ideológica o per-

sonalmente ante los oportunismos que vienen a desmentir la afirmación «científica» de Marx, están proclamando a voces con su conducta de contemporización gubernamental, económica y política que la «evolución histórica» se verifica precisamente en un sentido inverso en cuanto se refiere a la socialización predicha por el Socialismo.

Además, aquel pronosticado porvenir que Engels, Liebknecht, Babel y los teorizantes socialistas creían tocar con las manos en que, según ellos, la propiedad privada había de transformarse en el patrimonio indiviso de la comunidad humana, no fué sino una vana descripción de soñadores ilusos que con sus fantasías lograron captar las movilizaciones voluntades de las gentes ingenuas.

Porque solo el ejemplo de Norte-América, con sus millonarios y sus empresas y sus afianzamientos perfectamente burgueses, constituye la prueba más decisiva, elocuente y palmaria de la puerilidad de las elucubraciones socialistas, puesto que la progresión ascendente y continuada de la propiedad individual aleja al porvenir soñado por los socialistas, precisamente en un sentido contrario a sus ilusiones y predicamentos.

Y por si fuera poco, aquella frase célebre que resonó cruzando mares y continentes de San Petersburgo a Buenos Aires y de Berlín a Chicago, en que parecía resumirse la petulante ufanía del Socialismo: «¡Trabajadores de todos los países, uníos: el mundo es nuestro por más que hagáis!», no fué otra cosa el exaltado grifo de la audacia contenido de unos cuantos que si hoy vivieran, habían de avergozarse por haber querido apropiarse un mundo que cada día se aleja más y más de sus mercedados alcances.

Porque, lejos de ser el mundo de los socialistas, resulta que

hoy los socialistas son enteramente del mundo, habiendo sido conquistados sus ideales en un sentido de su misión realmente servil a sus tendencias y pretensiones ampulosamente burguesas. El socialista millonario era una sorpresa que había de aparecer en la cumbre de estos tiempos del capitalismo como el fenómeno más singular de las contradicciones y de los errores doctrinales del Socialismo marxista.

El imperio del capitalismo hoy imperante, viene a ser como una cercejada de sarcasmo que ha de despertar el sueño de los últimos marxistas actuales, si alguno queda todavía por ahí.

Y digo si alguno queda, porque socialista a secas, estilo Marx, no debe quedar uno para un remedio.

Porque el Socialismo de hoy lo constituyen unos cuantos señores, perfectamente burguesados, que se han quedado en el partido, o que a él se han acogido como último refugio abierto a sus rebeldías, a su despecho, a sus fracasos políticos o a su anticlericalismo.

No hay más que leer la prensa socialista. Ya no se labora por las viejas teorías. Solo en ella se vuelven odios y amenazas incoherentes.

Eso es lo que queda hoy al Socialismo: un maliz rojo que solo vislumbra a los despechados, a los descontentos, a los anticlericales.

El caso no es nuevo, ni sorprendente. La «evolución histórica» ha dejado bien asentada la demostración de que esto se repite cuando un ser está próximo a la descomposición y al aniquilamiento.

Es el caso repetido del cadáver que atrae a las moscas productoras del germen que ha de consumirlo.

P. TORREAL

## Entre tantas religiones, cómo se conoce la verdadera?

¿Tan tontos sois que no sabéis conocer una moneda falsa de la verdadera? ¿Qué hacéis para ver si un duro que os dan es bueno o malo? Miráis primero el cuño, y si por él no os conformáis la hacéis sonar y por el sonido véis si la moneda es de plata u otro metal.

Pues algo tan sencillo es necesario para distinguir la verdadera Religión de las falsas. Primero por el cuño, y como algunas de ellas—las que se dicen cristianas—presentan todas la imagen de Cristo, por el sonido que os dirá la bondad o falsedad del metal. La Religión católica suena siempre y solo a Dios, como obra suya que es; las otras suenan siempre a algo humano.

¿Qué falta a una moneda que lleva el cuño y tiene el peso de la legítima para que no sea falsa? Pues sencillamente que sea de oro o sea plata, y no de imitación de oro o plata. Y eso falta a las religiones falsas para poder ser verdaderas: que sean divinas.

¿Qué eso es difícil conocerlo? ¿Entre un montón de cartas puestas ante vuestros ojos, no conocéis vosotros la de vuestro padre? Si, no solo por la letra, sino por el espíritu de la misma y por la firma. Pues así todas las religiones llevan una firma: el protestantismo, la de Lutero y Calvino; el mahometismo, la de Mahoma; la católica la firma de Dios: la santidad de la doctrina, la integridad de su vida y el sello incontrastable de sus milagros, confirmación de su divinidad, y la fundación de su Iglesia, caracteres que no ofrece ninguna otra Religión.